

Educación, crisis y posmodernidad

Manuel Zatarain Castellanos*

Introducción

Una percepción que, de partida, yo guardo en relación a la posmodernidad, es que el saber que hoy reclama, preferentemente, la globalización económica no es uno que se asocie a la escuela primaria y secundaria, sino a un saber que se relaciona a la universidad. Una señal de ello podrían ser los elevados porcentajes –arriba del 60– de jóvenes, entre los 19 y 24 años, que cursan estudios universitarios en los países desarrollados. Nuestro país se encuentra todavía lejos de estos niveles educativos: apenas sí llega a un 30 por ciento.

La cuestión de la posmodernidad es altamente controversial. Aquí no se trataría de mostrar las posiciones tan variadas y encontradas al respecto. Se recurre sustancialmente al diseño teórico de J.F. Lyotard, porque es un autor muy consistente en estos menesteres discursivos; pese a que su texto sale a la luz pública desde 1979, sus reflexiones tienen un fuerte poder anticipatorio de lo que comenzará siendo el siglo XXI en los campos del saber educativo y económico.

* Maestro de Sociología. Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades. zzatarain@hotmail.com

La visión teórica sustentada por J. F. Lyotard, escudriña con mucho talento el problema de la posmodernidad, desde una imbricación significativa que él construye entre saber y legitimación. Lo hace admirablemente, porque es un estudio que data de 1979 y, sin embargo, pareciera que fue hecho ayer. Desde la perspectiva del saber y la legitimación, la posmodernidad presenta dos flancos para Lyotard: uno, ligado a las nuevas tecnologías,¹ o a la deslegitimación del poder, o a una razón determinista que todo lo quiere medir y controlar; otro, vinculado a una sensibilidad que se vuelve más útil ante las diferencias, o a una capacidad que se fortalece para soportar lo inconmensurable y al estímulo del disenso y de la invención. Al primer flanco lo engloba en el término “performatividad”; y al segundo, en algo que va a llamar “paralogía de los inventores”.

Una conclusión que me atrevería a extraer del discurso de Lyotard es que la posmodernidad –en una de sus vertientes– está atentando flagrantemente contra aquello que más nos define como seres humanos: nuestros vínculos, nuestros lazos, nuestros mitos, nuestros encantamientos, nuestra dignidad humana... y toda inteligencia asociada a este universo de valores. No obstante el diagnóstico tan convincente de Lyotard, parece decir: el espíritu de mercado y de competitividad nos ha copado, esto ya no se puede detener, hay que adaptarnos; la emancipación de la sociedad, la universidad comprometida con el saber y el espíritu emancipatorio y de justicia de la sociedad, son valores de la modernidad, ya irrecuperables.

1. Las nuevas tecnologías en la era de la globalización, según Manuel Castells, quedarían representadas en las “nuevas tecnologías de la información” por el gran impacto que ejercerán en nuestra manera de vivir la vida. Prácticamente para Castells, el “informacionalismo”, como él lo llama, configura un nuevo modo de producción, que ya no es industrial, sino “informacional”. El estudio de Castells, aunque interesante, es más técnico que sociológico o filosófico. El estudio de Lyotard, aunque es un tanto lejano en el tiempo, es más rico y profundo porque tiene una propuesta teórica basada en la filosofía y la sociología. Ver: Manuel Castells, 2006, *La era de la información, Siglo XXI editores*, México, [Séptima edición en español].

Saber científico y saber narrativo

Jean-Francois Lyotard, filósofo francés, sostiene en 1979 que la era posindustrial y aquello que se considera como el desarrollo de las “nuevas tecnologías”, esto es, la emergencia y centralidad que han ido cobrando la informática, la cibernética, las biotecnologías y la telemática han estado desplazando y sustituyendo un núcleo que tiene que ver con la tradición del saber de occidente: un tipo de *legitimación* que, en su mirada, reviste caracteres de justicia, de vivir la vida juntos, de desarrollar ideas que apacigüen nuestro interior y que estimulen la convivencia humana.

Desde la Grecia clásica, el saber que se pensaba y se practicaba estaba asociado a un modelo de legitimación que consistía en “estar bien con los otros”, “congraciarse con los demás”:

Desde Platón, la cuestión de la legitimación de la ciencia se encuentra indisolublemente relacionada con la legitimación del legislador. Desde esta perspectiva, el derecho a decidir lo que es verdadero no es independiente del derecho a decidir lo que es justo... Hay un hermanamiento entre el tipo de lenguaje que se llama ciencia y ese otro que se llama ética y política: uno y otro proceden de una misma perspectiva o si se prefiere de una misma «elección», y ésta se llama Occidente.²

El desarrollo de la ciencia en abstracto también produce legitimidad, pero Lyotard parece decir que esa sustancia no alcanza para que la vida continúe por los cauces de una vida humana más edificante.

2. J. Francois Lyotard, 1999, *La condición postmoderna*, Editorial Altaza, Madrid, 23. Jürgen Habermas, 2001, “Conocimiento e interés”, en: *Ciencia y técnica como ideología*, Tecnos, Madrid, 106-161, proyecta una imagen semejante a la de Lyotard: “Este concepto de la teoría y de una vida en la teoría ha determinado a la filosofía desde sus comienzos... No es el contenido informativo de las teorías sino la formación de un hábito reflexivo e ilustrado en los teóricos mismos lo que produce en definitiva una cultura científica... A esta tendencia histórica la ve, empero, Husserl amenazada tras 1933”.

Máxime cuando sucede que al “espíritu científico” se le exige un comportamiento meramente “técnico”, de una especie de justificación desnuda del poder del mercado, de la competencia y de las nuevas tecnologías que no precisan, en su racionalidad que portan, de un discurso que nos remita a los valores de la argumentación y la prueba científicas. Esta exigencia es la de la *performatividad*.

Esa sustancia de legitimación científica, por sí sola, se convierte en una referencia insuficiente y contradictoria a todo ímpetu por humanizar la vida. Es preciso que se produzca otra legitimación que se base en el saber narrativo. El valor de lo narrativo está asociado al “sentido de la vida” y nos convoca a ciertos “juegos de lenguaje cuya combinación forma el lazo social”.³

Las reglas que operan el campo del saber científico son distintas a las del saber narrativo. Los criterios de validez, la argumentación, la administración de pruebas, etc; corresponden al lenguaje de la ciencia. El saber de la ciencia hace lecturas de la realidad y la nombra y clasifica en otra perspectiva mental. Y así habla –la ciencia– y discurre sobre diferentes tipos de mentalidad: “salvaje, primitiva, subdesarrollada, atrasada, alienada, formada por opiniones, costumbres, autoridad, prejuicios, ignorancias, ideologías”.⁴

El saber narrativo en su pretensión de la “convivialidad humana”, recurre al relato, al mito, a la leyenda, a la fábula, al cuento, a la poesía. Dice Lyotard:

el hecho es que el discurso platónico que inaugura la ciencia no es científico, y eso aunque intente legitimarla. El saber científico no puede saber y hacer saber lo que es el verdadero saber sin recurrir a otro saber, el relato, que para él es el no-saber.⁵

3. *Ibíd.*, 54.

4. *Ibíd.*, 56.

5. *Ibíd.*, 59.

En la visión de Lyotard, la cultura performativa ha hecho a un lado un proceso de legitimación ligado al juego narrativo y a su instrumento por excelencia: el relato, y en su paso, ha socavado también a la legitimación de la misma ciencia.

En otra dimensión diferente a la posmodernidad performativa y tocando como espacio a la universidad, todo espíritu científico debe inscribirse en una dinámica que proyecte:

restituir la unidad de los conocimientos dispersos en ciencias particulares en los laboratorios y en las enseñanzas preuniversitarias; sólo lo puede hacer en un juego de lenguaje que los enlaza unos a otros como momentos en el devenir del espíritu y, por tanto, en una narración o más bien en una metanarración racional.⁶

Si el hecho, ya de por sí problemático, de que la ciencia vaya por un lado y de que lo narrativo-mítico vaya por otro representa una erosión de los valores que sustentan a toda convivialidad humana, enseguida se agrega otro elemento de la postmodernidad que nos vuelve más vulnerables como comunidad humana, pues Lyotard postula: "El gran relato ha perdido su credibilidad, sea cual sea el modo de unificación que se le haya asignado: relato especulativo, relato de emancipación."⁷

En la mirada de Lyotard, el relato especulativo cuando intenta autolegitimarse lo hace desde la ciencia o desde la filosofía; en cambio, el relato de la emancipación acude a intereses concernientes a la libertad humana. Ciencia o filosofía, cuando solamente se autolegitiman pierden "efectividad humana"; la emancipación también perderá cierta "efectividad humana" cuando incurra en percepciones equívocas, lo cual no elimina el valor que en sí misma representa. Por esta razón, se puede decir que la emancipación es más acorde a lo que

6. *Ibid.*, 66.

7. *Ibid.*, 73.

podría nombrarse como “desarrollo humano” que los intereses de la ciencia o la filosofía que, en sí mismas, están hechas de “puro razonar”.

La cultura de la postmodernidad desplaza sensiblemente a todo ímpetu emancipador-narrativo y al mismo saber científico a través de la “performatividad”. Término que de acuerdo a Lyotard reviste significados más groseros y vulgares que la pretensión del saber científico de autolegitimarse:

La administración de la prueba, que en principio no es más que una parte de una argumentación en sí misma destinada a obtener el asentimiento de los destinatarios del mensaje científico, pasa así bajo el control de otro juego de lenguaje, donde lo que se ventila no es la verdad, sino la performatividad, es decir la mejor relación input/output... no se compran saberes, técnicos y aparatos para saber la verdad, sino para incrementar el poder.⁸

Performatividad y universidad

“Lo performativo” nos remite a los costos y a los precios de los productos y al mismo proceso productivo, pero ya no en la perspectiva de la ciencia, sino desde otra que privilegia la realidad de las técnicas y del poder: mientras más control técnico del proceso productivo, más ganancia y más poder se generan. El poder se legitima desde el poder. El relato, la cultura, la emancipación, la convivencialidad humana, la epopeya, la novela y el cuento, lo justo, lo ético, etc.; todo ello ha quedado en el cajón de los recuerdos que, de alguna manera, la modernidad lo había contemplado en el despliegue de su discursividad. Dice Lyotard:

8. *Ibid.*, 86.

la performatividad de un enunciado, sea este denotativo o prescriptivo, se incrementa en proporción a las informaciones de las que se dispone al respecto de su referente. Así el instrumento del poder y su autolegitimación, pasa ahora por la producción, la memorización, la accesibilidad y la operacionalidad de las informaciones.⁹

Liotard ha señalado a Luhmann como uno de los ideólogos más destacados de la performatividad, pues ésta es también una perspectiva de “lo sistémico” o de la teoría de sistemas. El espíritu de lo performativo debe trazar un vínculo macizo con aquel espacio que está destinado a crear y difundir los conocimientos que serán aplicados en la vida diaria de las personas y las instituciones: la universidad. En el contexto posmoderno y performativo, signado por la sobreposición de “lo técnico” sobre “lo científico”, la universidad aparece como un subsistema del sistema social y se vuelve susceptible de manejarse con criterios performativos: calidad, eficiencia, pertinencia, eficacia, input/output, competencias, etc. Apunta Lyotard:

La enseñanza superior... deberá continuar proporcionando al sistema social las competencias correspondientes a sus propias exigencias, que son el mantenimiento de su cohesión interna. Anteriormente esta tarea implicaba la formación y la difusión de un modelo general de vida, que bastante a menudo legitimaba el relato de la emancipación.¹⁰

En el contexto de la postmodernidad, la educación superior se ha vuelto un espacio de primerísimo orden para los criterios performativos. En casi todas los países de la OCDE –quizá salvo México y algún otro país rezagado–, los niveles de participación porcentual en la universidad de aquellos jóvenes en edad de ir a ella, son realmente

9. *Ibid.*, 87.

10. *Ibid.*, 90.

fantásticos. Fácilmente rebasan el 50% y habrá algunos países que estén más allá del 70%.¹¹ En la postmodernidad los productos del mercado contienen grandes dosis de trabajo de personas que fueron a la universidad. Los países subdesarrollados simplemente constituyen otra realidad que es aprovechada por los países poderosos. Y no por ello nuestros países dejan de ser territorios en los que el espíritu “deslegitimador” de la performatividad siente también sus reales y con saldos cercanos al salvajismo y la desintegración social.

En México, el mundo de “las competencias” constituye una estrategia ciega del sistema de educación superior que se viene cumpliendo a pie juntillas por mandato del Estado mexicano. Aunque dicho sistema no presenta los signos de catástrofe como la educación básica, de alguna manera pone en cuestión la libertad de cátedra y el espíritu de autonomía que deben distinguir al saber universitario. “Las competencias”, importadas de Australia y Francia, constituyen en el mundo universitario de hoy un imperativo: nada más y nada menos todo el currículum universitario se tiene que diseñar bajo las pautas técnicas que marca ese modelo. El profesor universitario en México recibe la instrucción de que su programa de la materia se tiene que realizar bajo ese esquema que invoca a “las habilidades” y no a las ideas ni a la creatividad.¹² Pero el asunto es planetario y en ese territorio performativo que definen “las competencias”, los valores de la ciencia y de la libertad humana salen sobrando. Dice Lyotard con cierto amargor:

11. En el caso de América Latina sobrepasa Argentina con el 60%, de aquellos jóvenes que tienen entre 20 y 25 años, estudiando en la universidad. México se ubica en el lugar 15 con apenas un 25%. Países como Bolivia y Venezuela ostentan números que están por encima del 40%. La información es de la UNESCO. Ver: periódico Mural (Guadalajara, México, 2 de junio de 2006).

12. Este hecho es fácilmente constatable, es explícito y está a flor de piel; en la Universidad de Guadalajara, por ejemplo, todo el currículum universitario tiene que ser diseñado bajo un formato que se conoce como “currículum de competencias”.

(la performatividad) tiene por consecuencia global la subordinación de las instituciones de enseñanza superior a los poderes. A partir del momento que el saber no tiene su fin en sí mismo, como realización de la idea o como emancipación de los hombres, su transmisión escapa a la responsabilidad exclusiva de los ilustrados y los estudiantes... La pregunta, explícita o no, planteada por el estudiante, profesionalista, por el Estado o por la institución de enseñanza superior, ya no es: ¿es eso verdad?, sino, ¿para qué sirve?... ¿se puede vender?.¹³

Universidad y enseñanza primaria en la legitimación del saber

Dice Lyotard, muy sugestivamente, que la legitimación del saber que tiene a la humanidad o a la sociedad como sujeto, constituye un relato que se vincula preferencialmente a la enseñanza primaria. El sujeto social es el sujeto del saber científico y está encarnado en un Estado que dirige la práctica ética, social y política. Aquí existe solamente un juego de lenguaje que es político-estatal. Las escuelas son funcionales y el tipo de ciencia que se asocia a este modelo será la “ciencia positiva”.¹⁴

“El saber positivo” –no necesariamente positivista– es un instrumento del Estado, se autofunda, se autogestiona y está al servicio de “lo justo”; busca que la moralidad se haga realidad y no intenta legitimar “enunciados denotativos” referidos a la verdad, sino a una política salarial, educativa, de vivienda, forestal, etc.¹⁵

Aunque habrá puntos de confluencia con este modelo, el relato que vincula a la legitimación del saber con la universidad, revestirá caracteres muy distintos al que tiene como sujeto a la sociedad

13. Lyotard, *La condición...*, *Ibid.*, 93-95.

14. *Ibid.*, 65-66

15. *Ibid.*, 69.

cuando se trata de legitimar el saber de la universidad, el sujeto es ella misma o el “saber especulativo” que es el saber de la ciencia y la filosofía. Aquí el saber se autolegitima como principio: no es simplemente instrumental.¹⁶

Este tipo de saber científico ha sido institucionalizado en la Universidad humboldtiana del siglo XIX y no se acomoda a la política del Estado, más que cuando la consideran justa. Es un “saber crítico”, hecho de autonomía y libertad.¹⁷ Alemania es la cuna de la “universidad científica”, luego se desplaza a la impresionante institucionalización que experimenta en los Estados Unidos y, dicho con algunas reservas, podría decirse que la UNAM constituye una de las principales referencias de ese espíritu de la libertad y autonomía en América Latina. No es gratuito que la UNAM haya sido varias veces “rankiada” como la mejor universidad de Iberoamérica.¹⁸

Pese a que la “universidad científica” se autolegitima a sí misma desde su propio saber, se obliga ella misma a la construcción de un gran relato (metarrelato) para su legitimación ante la sociedad y el Estado. Su espíritu vinculante provendrá del “idealismo alemán”: Hegel, Fichte, Humboldt. Postula Lyotard que emerge una trilogía

16. *Ibíd.*, 69.

17. Vasconcelos en México entendió muy bien el espíritu de este saber; los socialistas ligados al Estado mexicano casi no lo entendieron. Lázaro Cárdenas lo entendió a medias en el desarrollo de los hechos y más bien por eso le sacó la vuelta al problema con respecto a la autonomía de la UNAM, fundando el IPN. Ver: Héctor Aguilar Camín, 1982, “Nociones presidenciales de cultura nacional”, en: En torno a la cultura nacional (compilación de SEP), FCE, México.

18. En efecto, y pese a ese lugar tan deprimido que tiene México con respecto a la población de jóvenes que en edad de estudiar no asisten a la universidad, la UNAM es la mejor universidad de Iberoamérica según un estudio realizado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España. Incluso, está por encima de universidades tan prestigiadas como las de Massachusetts y North Western de Estados Unidos, así como las europeas: Libre de Berlín, Glasgow y Humboldt. En 2006, la UNAM ocupó el número 81 en el mundo con respecto a un universo de más de 7 mil universidades, un dato adicional interesante es que 16 universidades mexicanas están ubicadas entre los lugares 81 y 2 mil 152, lo cual podría ser una señal de que el sistema de educación superior en México funciona con cierta eficacia; el gran problema lo constituye la cobertura universitaria. Ver: periódico Público (Guadalajara, México, 8 de marzo de 2007).

universidad-filosofía-especulación que se convierte también en un metasujeto que, a su vez, construye una metanarración y un meta-principio que da lugar a un “saber de saberes”, un “saber especulativo”, un “saber crítico”, que solamente él puede nombrar: sociedad, naturaleza, Estado.¹⁹

La universidad del saber crítico a que se refiere Lyotard es la acompañante estructural de la modernidad. En alguna medida ha incorporado a su corpus el saber positivo, porque ha construido un metarrelato emancipador relacionado con la justicia y la libertad de la sociedad, pero sin ser instrumental a los intereses del Estado y la sociedad. Universidad y ciencia son su propio sujeto, pero se añade que la “universidad debe dirigir su ciencia a la formación espiritual y moral de la nación”. Entonces aquí el juego del lenguaje es filosófico, está hecho de denotaciones que sólo se refieren al criterio de la verdad.²⁰

Las oportunidades que ofrece la performatividad

Para Lyotard, este saber legitimador, propio de la universidad, sigue vivo en la universidad que ya se avizora en el siglo XXI, pero ya bajo otras condiciones que ha impuesto la performatividad posmoderna y porque, además, el saber de la ciencia ha modificado su estatuto.

Primero. Los “metarrelatos” o los grandes relatos que referían valores como la emancipación humana, la justicia y la realización de la idea han quedado en el tiempo de la modernidad. Como tales, son irre recuperables en la postmodernidad.

Segundo. Los grandes relatos de Kant, Hegel, Marx, Fichte, están excluidos; ya no se puede volver a ellos en tanto grandes proyectos

19. Lyotard, *La condición...*, 68.

20. *Ibid.*, 65-66.

emancipatorios en toda tentativa de legitimación del saber; lo que da validez al discurso científico de la postmodernidad es el “pequeño relato”, que “se mantiene como la forma por excelencia que toma la invención imaginativa y, desde luego, la ciencia”.²¹

Tercero. No será ya el gran consenso que generaron las filosofías emancipatorias, lo que dará cauce al ímpetu de vivir razonablemente bien. El consenso es un criterio de validación insuficiente y manipulado por la cultura de la tecnocracia. Las nuevas tecnologías y las competencias han generado un consenso avasallante e incontestable. Ante ello, y por ello, el espíritu y la obra de la deslegitimación siguen su curso normal. El consenso se ha convertido en “objeto de procedimientos administrativos”²² y en un medio para los fines del poder, ese que se legitima a sí mismo.

Cuarto. El saber y la universidad dejan de tener su fin en sí mismo, porque ya no existe la posibilidad de “realización de la idea” ni la “emancipación de los hombres”; solamente quedan rincones, partículas, puntos locales, circuitos restringidos, etc., en donde se pueden construir “pequeños relatos”.²³

Quinto. La legitimidad de la ciencia se había perdido desde el siglo XIX en el positivismo lógico y el pragmatismo filosófico, pero resurge en la postmodernidad con un cambio en la naturaleza del saber. Se cuestiona la idea de una “ciencia segura, cierta, determinista y sistémica”.²⁴ Los atributos de este nuevo saber, dirá Lyotard, ya son otros: la incertidumbre, el control relativo, lo paradójico, lo desconocido. La física de Heisenberg y Einstein, serán referencias relevantes de este nuevo saber que hará eclosión a mediados del siglo XX.

Sexto. La universidad ya es o será otra mientras siga reinando la performatividad. Con los grandes relatos que la envolvían, la auto-

21. *Ibid.*, 109.

22. *Ibid.*, 110.

23. *Ibid.*, 93.

24. *Ibid.*, 100.

mía y la libertad de cátedra también se ven seriamente mermadas.²⁵ Lyotard anuncia una disociación entre investigación y enseñanza en la universidad. Las primeras estarán destinadas a formar “espíritus imaginativos” y las segundas “a la selección y reproducción de competencias profesionales”.²⁶

Los profesores universitarios no podrían sino ser masificados y reconvertidos en meros reproductores de ideas y técnicas. El profesor universitario tendería a desaparecer,²⁷ porque “ya no es más competente que las redes de memorias para transmitir el saber establecido, y no es más competitivo que los equipos interdisciplinarios de investigación para imaginar nuevas jugadas o nuevos juegos”.²⁸

Séptimo. Según Lyotard, la performatividad ofrece también una serie de resquicios positivos que podrían permitir el desarrollo de una mejor práctica de investigación:

25. Aunque tal vez no constituya un proceso tan irreversible como lo avizora Lyotard, la tendencia a que la universidad debilite sus asideros fundamentales como lo son la autonomía y la libertad de cátedra, es algo real. En Europa, desde la década de los ochenta, las universidades están experimentando una especie de autonomía relativa o autonomía regulada, ya que el Estado ahora está presente a través de un sistema de premios y sanciones –cosa que también sucede en México– que influyen en el accionar universitario y que lo reafirma en la orientación general de las universidades. El Estado no planifica, pero sanciona y premia de acuerdo a un catálogo de valores que Guy Neave llama la nueva tecnología. Estos valores son principios abstractos con los que todos estamos de acuerdo: la calidad, la eficiencia, la excelencia, la empresa. Sin embargo, se corre el riesgo de que la universidad resuelva toda su vida con estos valores –o sea, lo que Lyotard llama performatividad–, ahogando, por consiguiente, su responsabilidad crítica, su servicio a la sociedad y su vocación por cultivar un saber ubicado más allá de lo instrumental y útil, y más allá de lo económico y pertinente. Ver: Guy Neave, y Frans A. Van Vught, 1994, *Prometeo Encadenado. Estado y educación superior en Europa*, Gedisa, España., *Ibid.*, 98.

26. Lyotard, *La condición....*, 97.

27. Esta idea de Lyotard con respecto a la “desaparición del profesor” se corresponde con el hecho de que en muchas universidades privadas de México y en algunas franjas de varias universidades públicas, el profesor ya no es llamado ni concebido como tal; ahí se le nombra simplemente “facilitador”. En este “nuevo” modelo educativo, el profesor “ya no sabe, sólo facilita que los alumnos sepan”. El profesor es una “cosa del pasado”. Ver: Adolfo Valdez y Rivas y Georgina Hernández, *El proceso de inclusión-conformación*, Colección 2003, Pedagogía Interactiva II, UNIVA, Guadalajara, México.

28. Lyotard, *La condición....*, 97-98.

- a) Propicia el desarrollo de la capacidad de imaginación en aquellos juegos de información completa: “conectando series de datos considerados hasta entonces como independientes... articular en un conjunto lo que no lo era”.²⁹
- b) Los datos son, en principio, accesibles a todos los expertos: “no hay secretos científicos”.³⁰
- c) “Conectar campos que la organización tradicional de los saberes aísla con celo. El santo y seña de la interdisciplinariedad difundido después de la crisis del 68, pero pregonada bastante antes, parece ir en esa dirección. Ha escapado a mucho más”.³¹
- d) Lyotard dice también que la performatividad permite valorar más el trabajo en equipo, hasta el punto en que las ciencias sociales “han fundamentado especialmente su prestigio gracias a la performatividad”.³²

El pequeño relato y la paralogía

Ante la posible extinción del profesor universitario, los investigadores se organizarán en pequeños grupos “que funcionan según un igualitarismo aristocrático. Que éstos últimos formen parte o no oficialmente de universidades, importa poco”.³³

Estos pequeños grupos de investigadores son los únicos que podrán esquivar, burlar o aprovecharse de la performatividad para trastocar su sino: legitimarse desde el poder mismo para seguirse

29. *Ibid.*, 95-96.

30. *Ibid.*, 96.

31. *Ibid.*, 95-96.

32. *Ibid.*, 97. El Estado mexicano, por ejemplo, por medio del PROMEP (Programa de Mejoramiento del Profesorado) premia como nunca a aquellos investigadores y profesores que trabajen en equipo a través de los cuerpos académicos: dinero extra para viajes académicos, para publicaciones, para coloquios, para contratar asistentes, etc..

33. *Ibid.*, p. 98.

deslegitimando. La performatividad se ha hecho positivista, sistémica, tecnócrata y determinista. El saber que entraña es un semisaber que en sus pretensiones de legitimarse se deslegitima.³⁴

La ciencia postmoderna, pese a todo, no ha renunciado a una pragmática que pone en juego a la argumentación y la prueba, apuntando a la generación de nuevos juegos y jugadas que retroalimentarán el vigor de una pragmática científica que no tiene como principio a la eficiencia ni lo ya conocido:

La expansión de la ciencia no se hace por medio del positivismo de la eficiencia. Es lo contrario: trabajar con la prueba es buscar e «inventar» el contra-ejemplo, es decir, lo ininteligible; trabajar con la argumentación es buscar la «paradoja» y legitimarla con nuevas reglas del juego de razonamiento. En los dos casos, la eficiencia no se busca por sí misma, viene dada por añadidura.³⁵

En este nuevo saber no cabrán los grandes determinismos ni las grandes y permanentes compatibilidades; y sus valores serán: “el nacimiento de ideas”, “lo desconocido”, “el no método científico”, “la imprevisibilidad”, “el disenso” y “el contar historias que luego verificará”.³⁶

La paralogía será como aquella actitud filosófica que constituye uno de los “juegos lingüísticos” fundamentales en la postmodernidad con miras a trazar el vínculo social, legitimador, más allá de lo falso y lo verdadero, que son los referentes autolegitimizantes de la ciencia. Por ello, dice:

Es preciso distinguir lo que es propiamente paralogía de lo que es innovación: ésta es controlada, o en todo caso utilizada, por el sistema para mejorar su eficiencia;

34. *Ibid.*, 99-100.

35. *Ibid.*, 99-100.

36. *Ibid.*, 107-108.

aquella es una “jugada”, de una importancia a menudo no apreciada sobre el terreno, hecha en la pragmática de los saberes. Que, en la realidad, una se transforma en la otra es frecuente, pero no necesario.³⁷

La paralogía³⁸ es el instrumento conceptual –una especie de heurística– que utiliza Lyotard para la elaboración del pequeño relato a partir del disenso y la incertidumbre, ante una comunidad de investigadores, privada ya de los grandes relatos. Ya no es posible ni prudente apelar a la búsqueda de un consenso universal: “El consenso no es más que un estado de las discusiones y no su fin. Éste es más bien la paralogía”.³⁹

Hace la crítica a Habermas, pues éste sigue teorizando en torno a “que la humanidad como sujeto colectivo (universal) busca su emancipación por medio de la regularización de “jugadas” permitidas en todos los juegos de lenguaje, y que la legitimidad de un enunciado cualquiera reside en su contribución a esta emancipación”.⁴⁰

No hay posibilidad de lograr la comunicación y la legitimación de todos los “juegos de lenguaje” que habitan en la sociedad:

Es un monstruo formado por la imbricación de redes de clases de enunciados (denotativos, técnicos, prescriptivos, performativos, evaluativos, etc.) heteromorfos. No hay ninguna razón para pensar que se puedan determinar metaprescripciones comunes a todos esos juegos de lenguajes y que un consenso revisable como el que

37. *Ibid.*, 110.

38. En el Diccionario Enciclopédico Ilustrado, de Océano, el término “paralogismo” viene definido de la siguiente manera: “razonamiento falaz que tiene apariencia de verdadero”.

39. Lyotard, *La condición...*, 117.

40. Habermas, en efecto, sostiene una idea esperanzadora con respecto al consenso masivo y a una emancipación de la sociedad: “sólo en una sociedad emancipada, que hubiera conseguido la autonomía de todos sus miembros, se desplegaría la comunicación hacia un diálogo, libre de dominación de todos con todos, en el que nosotros vemos siempre el paradigma de la recíprocamente constituida identidad del yo como también la idea del verdadero consenso”. Jürgen Habermas, 2001, *Ciencia y Técnica como ideología*, Tecnos, Madrid, 177.

reina en un determinado momento en la comunidad científica, pueda comprender el conjunto de enunciados que circulan en la colectividad.⁴¹

Finalmente, pareciera que Lyotard recomendara al conjunto de la sociedad su propuesta de paralogía, adaptada a la especificidad de cada parte y de los peculiares “juegos de lenguaje” con sus respectivas reglas del juego y sus propias metaprescripciones. La cuestión sería adaptarse al juego que nos plantea la performatividad y evitarse la utopía de pensar en términos emancipatorios y de solidaridad humana, que ello ya no sirve.

¿Qué pensar sobre la postmodernidad?

Primera. Sucede una cosa curiosa en relación a esa idea de Lyotard de que el espíritu de la performatividad es indetenible; la tendencia de que la universidad ya no sea lo que ha sido en la modernidad, es irrefutable. Pero es una tendencia. En América Latina, por ejemplo, el modelo de la universidad humboldtiana, sustentada en el “departamento científico” y en los valores de la “libertad de cátedra” y en la “autonomía”, comenzó a ser una aspiración sensible a partir de los años ochenta, cuando precisamente la performatividad comienza a hacerse más virulenta. Casi todo el siglo XX el espectro universitario de América Latina estuvo dominado por un modelo de “universidad docente”, que también se conoce como “modelo napoleónico”; sin embargo, en México, la UNAM siempre fue, relativamente, una excepción.

Un dato que puede ser importante para documentar esta idea de la “universidad docente” es el caso de la Universidad de Guadalajara. A partir de 1989 esta universidad, de una inversión casi de cero en materia de investigación científica, da el salto impresionante para

41. *Ibid.*, 116.

destinar casi el 20% de su presupuesto al rubro de la investigación científica;⁴² luego, en 1993 diseña una nueva ley orgánica⁴³ que la hace identificarse con los valores de la autonomía y la libertad de cátedra, después de haber profesado, en todo el siglo XX, una vocación estatista que la ligaba, casi orgánicamente, a los intereses políticos del Estado mexicano.

En términos de Lyotard, cuando la Universidad de Guadalajara era casi absolutamente docente, su “juego de lenguaje” era político y era instrumentalizada por el Estado y los valores humboldtianos le eran ajenos. En 1989 rompe con el “modelo napoleónico”⁴⁴ para inscribirse en un proceso, sumamente contradictorio y complejo, que la hace consciente de que sin los valores de la libertad de cátedra y la autonomía, asociados a la investigación y a la docencia, no era posible el desarrollo universitario. Esta universidad está hoy ubicada entre las mejores 15 universidades de Iberoamérica. Sin embargo, aun con su definida vocación por los valores humboldtianos –cuyo “juego de lenguaje” será el saber crítico o la filosofía, según el discurso de Lyotard–, el saber académico se tiene que abrir paso en medio de una estructura autoritaria que, muchas veces, hace que las decisiones académicas queden subsumidas a los intereses políticos, ya no del Estado en directo, pero sí de los grupos políticos internos que son portadores de los intereses instrumentales y clientelares.⁴⁵

42. Para 1995, según un dictamen de auditoría externa que apareció en la prensa, la Universidad de Guadalajara dedica ya más del 20% de su presupuesto a la investigación: de un subsidio total de 830 millones 298 mil pesos, se destinan 186 millones 893 mil a la investigación. Ver: periódico *Siglo XXI* (11 de junio de 1996).

43. En el Plan Institucional de Desarrollo 1995-2001 de la Universidad de Guadalajara puede leerse lo siguiente: “Este proceso se consolidó jurídicamente el 31 de diciembre de 1993 fecha en la que el H. Congreso del Estado aprobó la nueva Ley Orgánica de la Universidad de Guadalajara. En este ordenamiento se reconoció formalmente la autonomía de nuestra institución, se ratificó su carácter público y se definieron los elementos básicos para su organización”.

44. El “modelo napoleónico” es el que equivale a la “universidad docente”, que todavía domina en América Latina.

45. Ver: Gradilla Damy, Misael, 1995, *El juego del poder y del saber*, El Colegio de México, México.

Pese a todo, los casos de la UNAM y la Universidad de Guadalajara, con sus debidas distancias, ilustran una situación paradójica, de acuerdo con la visión de Lyotard de que la performatividad llegó para quedarse. Pese al espíritu performativo de “las competencias” que pulula en todo el sistema universitario de México, estas dos universidades y probablemente muchas otras que gozan de una buena ubicación en el ranking del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España,⁴⁶ proyectan otros flancos identificados con los valores humboldtianos y con la utopía de la emancipación a través de los vínculos de estas dos universidades con los ideales de justicia y de bienestar de la sociedad mexicana.

Aunque “las competencias” quitan tiempo y desgastan a los actores académicos de la universidad, los valores de Humboldt y la idea de emancipación, siguen pujantes no sólo en los “pequeños relatos” del espíritu especulativo de la ciencia, sino también en los “grandes relatos” que vinculan a la universidad con la sociedad.⁴⁷ El esquema de “las competencias” no constituye una aberración en sí; el problema es la categoría de “gran ciencia” que se le adjudica y que no es posible someterlo a discusión. En México, “las competencias” se han convertido en una ideología y amenazan con ser una parte de nuestra cultura universitaria, si las universidades continúan con este juego de “portarse bien” para no enfrentar insuficiencias en el subsidio universitario.

46. Ahí están las siguientes instituciones de educación superior de México, además de la UNAM y la Universidad de Guadalajara: Tecnológico de Monterrey, UAM, Universidad de las Américas de Puebla, IPN, Universidad Nicolaita, Universidad Autónoma de Nuevo León, Universidad de Colima, Universidad de Sonora, Universidad Iberoamericana, Universidad Autónoma de Puebla, ITAM, Universidad Autónoma del Estado de México, Colegio de México e ITESO. Ver: periódico *Público* (México, 8 de marzo de 2007).

47. En el mismo Plan Institucional antes aludido, en la página 31 puede leerse el compromiso formal que la Universidad de Guadalajara sostiene con los intereses emancipatorios de la sociedad: “La filosofía que orienta a la Ley Orgánica se identifica por su compromiso en cuatro aspectos básicos: a). Orientación hacia la solidaridad social; b). Respeto a la libertad de cátedra y a la pluralidad de las ideas; c). Participación de la comunidad universitaria en la definición de sus grandes tareas y, d). Compromiso con la soberanía nacional”.

Segundo. Extraña que en el discurso de Lyotard no exista una referencia de tipo reflexivo sobre el Estado y aquellos valores relacionados con la democracia, la civilidad y el mundo tan desigual en el que hoy vivimos.⁴⁸ Hace abstracción del mundo institucional y de sus redes organizacionales como si no existieran. Parece que le da lo mismo que la educación superior sea privada o sea pública, pues llega a decir que la situación profesional de los investigadores científicos está más allá de si trabajan o no para la universidad. En el discurso de Lyotard, el problema de las filosofías emancipatorias y de los encantamientos humanos, es un problema del pasado, cuando la crisis de la modernidad no es precisamente que ya fue relevada por la postmodernidad, sino que ésta lo que ha mostrado hasta ahora es la falta de un proyecto social que nos haga la vida más llevadera, más decorosa y más vinculada a una idea de cómo compartir el mundo. Tanto la religión como la modernidad, en tanto asideros espirituales de socialización de valores, produjeron los vínculos legitimadores que permitieron de algún modo que la vida continuara adelante. Hoy, en nuestro tiempo, no hay un discurso que oriente la vida humana hacia algún esperanzamiento. Los caminos, estructuras y métodos de pensamiento no están confluyendo en un proceso de integración social que nos haga vivir una mejor vida en términos planetarios.

En lo que Lyotard considera la postmodernidad, no existe un dibujo convincente de cómo se puede producir la socialidad que sirva de alimento espiritual al desorden mundial en que se vive y en el que los países ricos son más ricos y los países pobres más pobres, pues

48. Otra visión semejante a la de Lyotard, es la de Maffesoli. Es más abiertamente entusiasta y le ve muchas virtudes a la posmodernidad: "Eso es, para mi, la posmodernidad, la cual no es un concepto, sino una manera provisional de describir empíricamente que los grandes valores modernos ya no funcionan, que ya no existe una adhesión fundamental a los grandes valores del trabajo, del progreso, de la fe en el porvenir, de la razón hegemónica... cuando se observan las nuevas generaciones –ya desde los años sesenta– se ve cómo de alguna manera existe una especie de no aceptación". Michel Maffesoli; *Entrevista publicada en la Revista Universidad de Guadalajara, No.26, México, 2003, 24.*

predomina la visión de que el mercado y los intereses particulares orientarán la vida humana hacia mejores derroteros. Europa vivió bajo la égida de esos valores durante todo el siglo XIX. El mundo actual tiene viviendo así desde la irrupción de la tercera revolución industrial, capitaneada por la globalización económica, cuyo credo fundamental parecería ser: más mercado, más competencia y nada de Estado.

Habermas dice que “la posmodernidad ha desarmado la auto-comprensión de la modernidad”.⁴⁹ Es incontestable esta afirmación. En este sentido, Lyotard ha hecho un diagnóstico y una prefiguración impresionantes de todo el desmontaje postmoderno de los sentidos y significados de la vida moderna, expresados sintéticamente en el espectro de la performatividad, cuya base valorativa no es sino esa ya mentada: el mercado y los intereses particulares sobreponiéndose a los intereses genuinamente humanos que encontraron en la modernidad una cristalización institucional, hoy en franco proceso de desinstitucionalización.

El proyecto de la modernidad siempre ha contenido “rasgos peligrosos” en aras de sostener valores libertarios y liberales: libertad de elegir, de pensar, de opinar; libertad sindical; libertad de comprar y vender; libertad de poseer medios de todo tipo. La postmodernidad ha adoptado como sus únicos valores esos “rasgos peligrosos” que menciona Habermas y que no son más que aquellos que se relacionan con la libertad de mercado y la libertad de poseer todo lo que uno quisiera. En este sentido, la postmodernidad es tremendamente regresiva y bárbara y por ello el término neoliberalismo le viene muy bien.

49. “Ya no se sabe con seguridad si la concepción democrática de una sociedad que políticamente ejerce una influencia sobre sí misma mediante la voluntad y la conciencia de sus ciudadanos unidos ha adoptado los rasgos amables y anticuados de una utopía o más bien sus rasgos más peligrosos. En alianza con una antropología pesimista, el neoliberalismo nos acostumbra diariamente a una nueva situación mundial en la que la desigualdad y la exclusión sociales vuelven a aparecer como hechos naturales”. Jürgen Habermas, 2000, *La constelación nacional*, Paidós, España, 204.

En el fondo –y quizá en la superficie también– el discurso posmoderno de Lyotard tiene la pretensión de naturalizar todo el universo que se configura a través de la performatividad. Ni modo, parece decir, estamos condenados a soportar toda esta carga irracional de sobrellevar una vida deshumanizante a través de la lógica existencial que nos imponen los “input-output” y el régimen de las competencias que, dicho sea de paso, son teorizados con una magistralidad incontestable y bajo un orden expositivo que abona mucho a la claridad y al entendimiento de las ideas.

El diagnóstico y la fuerza discursiva de Lyotard son admirables, aún en su propuesta de la paralogía que es profundamente controversial porque supone que ya no habrá instituciones solidarias y humanitarias –que realmente han venido a menos– como lo ha sido la universidad en la modernidad.

Las instituciones modernas ⁵⁰ ahí están; representan un mundo pasado que se está deteriorando. Lyotard cree que casi nada es recuperable del pasado moderno, sobre todo ese accionar institucional comprometido con la justicia y la solidaridad.

En el siglo XIX, a finales, Émile Durkheim demostró a la sociedad europea, a través de un análisis histórico-sociológico, que las corporaciones del trabajo gremial, que habían sido barridas por el vendaval ideológico y político del liberalismo primigenio de los siglos XVIII y XIX, era necesario restablecerlas para la constitución de una vida auténticamente moderna, por más contradictorio que pudiera parecer este hecho. Parafraseo las palabras de Durkheim:

Las corporaciones no son una simple supervivencia del pasado; y no sirven sólo para fines utilitarios, productivos o económicos; han sido y seguirán siendo el hogar de

50. En el caso de México es fácil detectarlas: IMSS, ISSSTE, todas las universidades públicas, otras instituciones de educación superior, CFE, sindicatos, partidos políticos, Petróleos Mexicanos, etc., o sea, todas aquellas instituciones que su actuar no está regido por los automatismos del mercado.

una vida moral *sui géneris*. Lo que más sobresale en una corporación es su espíritu de fraternidad: el placer de vivir juntos, una intimidad menos restringida que en la familia pero menos extendida que en la ciudad; en ellas los amigos florecen y se hace la vida más fácil y agradable. Toda institución está llamada a ser otra cosa distinta de lo que era. Pero lo que no puede desaparecer es ese elemento que define a toda socialidad humana y que sobrepasa al individuo: el vínculo entre ellos, a los intereses del grupo al que pertenece, pues es la fuente de toda actividad moral.⁵¹

Contra viento y marea, el discurso de Durkheim logró cristalizar en un mundo institucional moderno que, como dice Habermas, rescató del pasado inmediato y antiguo ese elemento de generosidad humana de vivir la vida en fraternidad. Lyotard cultiva una "antropología pesimista" y de clausura con el pasado, la de Durkheim y Habermas es esperanzadora y de recuperación del pasado para nutrir el presente desde los valores del presente.

Bibliografía

- AGUILAR CAMÍN, Héctor (1982). "Nociones presidenciales de cultura nacional", en: *En torno a la cultura nacional* (compilación SEP), México: FCE.
- CASTELLS MANUEL (1999). *La era de la información, Siglo XXI*, Madrid. Diccionario Enciclopédico Ilustrado de Océano. México: s/f.
- DURKHEIM, Émile (1974). *Lecciones de Sociología*. Buenos Aires: La Pléyade.
- GRADILLA DAMY, Misael (1995). *El juego del poder y del saber*. México: El Colegio de México.
- HABERMAS, Jürgen (2001). *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid: Taurus.

51. Émile Durkheim, 1974, *Lecciones de Sociología, La Pléyade*, Buenos Aires, 65-67.

- (2000). *La constelación nacional*. España: Paidós.
- Lyotard, J. Francois (1999). *La condición postmoderna*. Madrid: Editorial Altaza.
- NEAVE, Guy y Frans A. Van Vught (1994). *Prometeo encadenado. Estado y educación superior en Europa*. España: Gedisa Editorial.
- Periódico *Mural* (Guadalajara, México, 2 de junio de 2006).
- Periódico *Público* (Guadalajara, México, 8 de marzo de 2007).
- Periódico *Siglo XXI* (Guadalajara, México, 11 de junio de 1996).
- Universidad de Guadalajara. "Entrevista a Michel Maffesoli", en: *Revista Universidad de Guadalajara* (núm. 26, Guadalajara, México, 2003).
- . *Plan Institucional de Desarrollo 1995-2001*. Guadalajara, México.
- VALDEZ Y RIVAS, Adolfo y Georgina Hernández (2003). *El proceso inclusión-conformación*. Guadalajara, México: UNIVA. Colección Pedagogía Interactiva II